

Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra dantesca a mi lejana amiga, la gentil señorita Lolita Notari, en San José de Costa Rica.

XVI

DELICIOSA compañera lejana: después de haber perdido el sendero recto de sus ilusiones, es decir, después de la muerte de Beatriz, el Divino Poeta, en la mitad del camino de su vida, se encuentra en una selva oscura, selva salvaje y áspera, que llena su alma de temor infinito. Al tratar de salir de ella, detienen su paso incierto una pantera, ágil como la envidia, un león, como la soberbia altanero, y una loba, de hambre llena, al igual que la avaricia.

Las tres fieras tratan de hacerlo volver al valle en donde el sol se oscurece, hacia la llanura de la ignorancia y de los vicios, sus hijos predilectos. A salvarlo llega una sombra de la que Dante solicita misericordia: es Virgilio, el Cisne de Mantua que vivió en Roma durante el reinado del buen Augusto, en el tiempo de los dioses falsos e injustos.

Se ofrece Virgilio como guía en el viaje misterioso por lugares eternos en donde se escuchan los gritos desesperados de quienes han perdido toda esperanza de salvación y por regiones, también eternas, en las que penan, felices, los que viven en la ilusión de verse, tarde o temprano, entre los bienaventurados que gozan de la suave presencia de Dios.

Al caer la tarde, al iniciar el viaje maravilloso, después de recordar a Eneas, el fundador de Roma y de su imperio, después de recordar a Pablo, el vaso de elección, quien, según dicen libros no aprobados por los ortodoxos, bajó al Infierno, el Divino Allighieri pregunta a su guía excelso por qué le hace visitar los antros pavorosos, ya que no se juzga digno de la merced que a Eneas y a Pablo les fué concedida.

La sombra magnánima del inmortal mantuano se apresura a explicarle que se encontraba entre aquellos que, en el Limbo, suspendidos se hallan por no haber sido bautizados en la nueva fe de Cristo. Una dama, buena y bella, le llamó: brillaban sus ojos más que las estrellas; con suave acento le dijo: ¡Oh!, cortés alma mantuana, cuya fama en el mundo aun perdura y perdurará eternamente, el amigo mío a quien, en la desventura, ví siempre a mi lado, se encuentra en desierta llanura detenido. Temo que haya abandonado ya la recta vía. Muévete y, con tu palabra excelsa, ayúdame a fin de que me

sienta, con su tranquilidad, consolada. Soy Beatriz, dijo la dama gentil al poeta gentil, vengo de un sitio adonde tornar deseo: el Amor que por El siento me mueve y me hace hablar. Al ser interrogada acerca de la razón por la cual no ha temido llegar hasta el abismo en donde Virgilio purga el pecado de su incredulidad, contesta la Divina Dama que solamente son de temer aquellas cosas que tienen potencia de causar daño: a Ella, creatura de Dios, no le alcanzan las miserias humanas. Una dama gentil que del Cielo es Señora se ha quejado ante el Dios del Universo por las dificultades que al paso de Dante se levantan doquier. La Virgen María, la Suprema Bondad, ordena a Lucía, la Caridad esplendorosa, la enemiga de toda crueldad, dirigirse a Beatriz para interesarla en el auxilio de aquel que, por su intenso amor, sobresalió en las humanas huestes.

Después de dar tales explicaciones, Virgilio, exclama, con extraño acento: ¿Por qué te detienes? ¿Por qué tanto temor en el alma cultivas? ¿Por qué, si aquellas tres mujeres benditas de ti se ocupan con amor en la corte celestial?

Piadosa mujer la enamorada: abandona el sitio de honor que ocupa al lado de Raquel, la mujer de Jacob, imagen perfecta de la vida contemplativa, para descender hasta las profundidades de la existencia pasional en donde pretende y logra salvar el alma en la que ella un altar sincero siempre tuvo.

Y llegan los viajeros extraordinarios a la fatídica puerta por la que se entra en la ciudad doliente, por la que se llega al eterno dolor de las almas que se ven privadas de la verdadera vida: la presencia de Dios.

Fué la Justicia quien movió al Divino Hacedor a abrir aquellos umbrales terribles en donde es preciso abandonar toda esperanza y ante los cuales conviene dejar los temores que se esconden en lo profundo de las almas viles.

Juntos entraron en las regiones en donde moran las gentes dolorosas que han perdido la bienaventuranza infinita de poseer la verdad perfecta.

Y con ellos iremos nosotras dos, querida amiga mía; con ellos, en las cartas futuras, contemplaremos las tristezas angustiosas de ese mundo terrible cuya visión impone respeto a la

par que infunde ansias de ser cada día más bueno con quienes nos aman, y con aquellos que, con razón o sin ella, nos malquieren.

Con simpatía honda te recuerda,

FIORENZA DELL' ARNO

En Padua, a donde vine buscando el arte inmenso de Giotto.

Tres canciones

1

*Cartas que tengo guardadas,
mi casamiento ¿cuándo será?*

La primavera pintada
nunca se deshojará;
ni darán fruta tus árboles,
cajita de Olinalá;
y la puerta de tu casa
para mí no se abrirá.

*Cartas que tengo guardadas,
mi casamiento ¿cuándo será?*

Olorosa te tengo de olores;
el olor más fiel está
que el *Oyes* que dice tu tapa
y el *Me canso de esperar*;
la espera se me hizo olvido
y el oír se volvió mirar.

*Cartas que tengo guardadas,
mi casamiento ¿cuándo será?*

Ya voy odiando tus flores,
cajita de Olinalá;
y tus ramas que tienen hojas
de sorda fidelidad;
lo único que quisiera
es leña seca y hogar.

*Cartas que tengo guardadas,
mi casamiento ¿cuándo será?*

2

La primavera, con ser
tan azul y tan tornasol,
te deja en zaga en lo fiel,
te vence en guardar amor.

Las flores que tú me diste
el tiempo las marchitó,
pero el rosal del otro año
este junio floreció.

El juramento que hiciste
por falso lo tengo yo;
falsa, falsa eres, la niña,
y la primavera no.

Por no poderla allegar
estrella no enamoré;
y por temor del invierno
flor ni fruta yo cuidé.

¡Ah, más me hubiera valido,
que no de ti,
enamorarme del viento
que mueve rama en abril!